

# Vuelta a lo mismo

Cuéntase que Alejandro el Grande, el macedonio, tuvo curiosidad de ver, hablar y conocer a Diógenes el Cínico—el que andaba con su linterna a la rebusca de un hombre—, y fué para ello a buscarle en la tinaja donde se albergaba. Le encontró tomando el sol junto a ella. Cruzaron sus palabras, tan arrogante el uno como el otro, y al concluir se dice que el conquistador preguntó al filósofo: «Y bien, ¿qué quieres de mí?» «Que te apartes de ahí delante porque me quitas el sol», le respondió el Cínico. El tirano le hacía sombra.

Una de las podres que más carcomen al pueblo español es la podre de la pordiosería. Nuestro pueblo no es tanto un pueblo como un pobre pordioso, mendigo. Y no se pordiose sólo dinero, lo que sería aún disculpable; se pordiose honores y distinciones, y hasta se pordiose justicia. Por algo al despacho de este ramo se le llama de Gracia y Justicia. Hasta en peticiones de estricta justicia se ha hecho costumbre terminar con «es gracia que espera obtener del bondadoso corazón, etc.», u otra fórmula por el estilo.

Y esta pordiosería se estimula y se fomenta. No hace mucho que en un viaje a esta ciudad de Salamanca se les excitaba a la comunidad municipal y a la provincial a que pidiesen algo, y casi se les hacía un reproche de su poca pedigrifería. La cosa era obligarlas. Si las comunidades civiles populares se sintieran cínicas podrían responder: «Pues apártate de delante que nos quitas el sol.» Y el pueblo mismo todo.

La íntima vida espiritual de un pueblo, la vida histórica, pende del sol de la justicia y de la verdad. La justicia es la verdad; la verdad es la justicia. Y es la verdad lo que se le debe al pueblo. Que se aparte, pues, el que con su sombra impide que llegue la verdad a la conciencia del pueblo.

La última vergonzosísima crisis ministerial, la huida afrentosa de los idóneos dejando el Poder en el arroyo, no fué más que para impedir que el Senado concediese el suplicatorio

para procesar el Tribunal Supremo de Guerra y Marina al general Berenguer, director de la campaña conquistadora de Marruecos cuando la santiaguada. Y es que ni las rabulecas habilidades del señor Maura iban a servir. El general Berenguer corría el riesgo o de tener que sacrificarse, encubriendo culpas ajenas, o de tener que declarar toda la verdad, el secreto a voces, lo que sabe todo el mundo, pero lo que se trata de no hacer oficialmente público porque llevaría consigo la crisis de la irresponsabilidad. Tratábase de evitar el que adquiriera estado procesal la denuncia de que el avance del desgraciado general F. Silvestre sobre Alhucemas fué un acto de iniciativa anticonstitucional. Y esto hay que estarlo repitiendo y glosando de todas formas y en todos los tonos mientras los sedicentes liberales de la concentración gubernativa que ahora prepara las próximas elecciones a Cortes vaya dando largas al gran pleito de las responsabilidades por el desastre de la cruzada marroquí.

Y entretanto que no se nos pide que pidamos nada. ¡Pordiosería no! Que no se nos mendigue que mendiguemos. Que no se nos ofrezcan gracias. Hay que responder de lo pasado. ¡Borrón y cuenta nueva, no! Que se aparte de delante para que nos dé el sol de la verdad, que es el sol de la justicia.

¿Qué fué aquélllo de la santiaguada? Acaso un modo de matar el tiempo, una diversión en todo caso—y diversión en más de un sentido—, un capricho azaroso, la manera de ganar un epíteto histórico.

El 6 de noviembre de 1878—ya lo hemos recordado otra vez—el general don Manuel Salamanca y Negrete decía en el Congreso: «En mi concepto, no ha habido más deseo que el de halagar a una elevada personalidad, seguir los instintos de un joven entusiasta por las armas, distraerle con esas aficiones...» Al llegar aquí interrumpiéndole el presidente de la Cámara, que era don Adelardo López de Ayala, el comediógrafo, no con la esquila presidencial, sino con la bobada esa—especie de cencerro—

de que la persona del rey es inviolable. El general Salamanca continuó, pero sin desarrollar—no era su estilo el de los desarrollos—aquello de que se tratara de distraer a don Alfonso XII con las aficiones militares, de hacerle con ellas una diversión.

Dudamos mucho que el general Salamanca hubiese leído nunca a Pascal; pero si lo hubiera leído ha-

bría encontrado en sus pensamientos—en el numerado 139—esto: «El rey está rodeado de gentes que no piensan más que en divertir al rey e impedirle que piense en sí. Porque es desgraciado, por muy rey que sea, si piensa en ello.» Pascal no dice que si las gentes que rodean a un rey no piensan más que en divertirle para que no piense en sí mismo, él, por su parte, el rey, se rodea de gentes con quienes divertirse. Alejandro, no bastándole Aristóteles, se fué a divertir con Diógenes, y Diógenes, divirtiéndose con él, le dijo que se apartase para dejarle tomar el sol.

«¿Responsabilidades? ¡Bah! ¡Con eso no se come!», nos dijo un pordiosero apolítico, y añadió: «¿Qué gallina echarán los pobres al puchero si se esclarece eso de las responsabilidades ésas y se las hace efectivas?» Ante esto no intentamos demostrarle que, por añadidura, la crisis de la irresponsabilidad traerá consigo el acabamiento de una aventura que está arruinando, sin honra alguna, a la nación.

Miguel DE UN UN

